

JORGE RAMOS

**ASÍ VEO
LAS COSAS**

LO QUE NUNCA TE CONTÉ

© 2024, Jorge Ramos

Prólogo de Isabel Allende

Créditos de portada: © 2024, Genoveva Saavedra

Fotografía de portada: © 2024, Felipe Cuevas

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2024

ISBN: 978-607-39-1242-6

Primera edición impresa en México: abril de 2024

ISBN: 978-607-39-1276-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Para Chiqui, Paola, Nico, Carlota y María Elena,
a quienes les he robado tantas horas
cuando me siento a escribir.*

*Para la Jechu,
quien desde niño me motivó a escribir columnas.*

ÍNDICE

Prólogo	
<i>Mi amigo Jorge Ramos</i>	13
Introducción	
<i>Lo que nunca te conté</i>	15

I

OTRAS VIDAS

Otras vidas	25
El Chichonal: «Ha llovido piedras» [1982]	30
Terremoto del '85 [1985].	34
A fuego cruzado en El Salvador [Marzo, 1989]	39
Rusia: Bienvenidos al capitalismo [Mayo, 1993]	42
Sai Baba y mi tío Armando [1995]	44
Beijing en bicicleta [1996].	48

II

CÓMO ME CONVERTÍ EN INMIGRANTE

Cómo me convertí en inmigrante	55
San Guivi: Cómo los inmigrantes se adaptan al Norte [1996]	60

Tanzania: A la defensa del clítoris [1996]	63
El lodo de doña Polita [Agosto, 1997]	67
El maratón de Nueva York [1997].	71
Bali (visto con ojos mexicanos) [5 de enero, 1998]	75
Enterrados bajo el volcán [18 de noviembre, 1998]	78
Un verano con Paola [6 de septiembre, 1999]	82
La muerte huele a quemado [13 de marzo, 2000]	86
El martes que Estados Unidos perdió la inocencia [20 de septiembre, 2001]	90
Carta desde Jalalabad [17 de diciembre, 2001]	94
Hotel Spinghar: Los costos de cubrir la guerra [24 de diciembre, 2001]	98
Temazcal: Al borde de la vida [28 de octubre, 2002].	102
20 años en USA [30 de diciembre, 2002]	106
Pete, las noticias y el desierto [13 de octubre, 2003]	109
Las olimpiadas: Lo mejor del mundo [16 de agosto, 2004].	112
Mi nariz [3 de enero, 2005]	116
Los hombres verdes de Immokalee [14 de marzo, 2005]	120
El derecho a preguntar [12 de febrero, 2007]	123
El mundo al revés [11 de junio, 2007].	126
Soy un número [6 de agosto, 2007].	129
Vietnam: La vida en moto [1 de enero, 2008].	132
50 [16 de marzo, 2008]	135
Cosas inútiles [15 de diciembre, 2008]	138
Y mi papá se fue en el humo... [15 de junio, 2009].	141
Compañeros de vuelo [21 de diciembre, 2009]	144
Las tres lecciones de Tutu [31 de mayo, 2010]	147
Más allá del fútbol [7 de junio, 2010]	150
Cinco cosas que aprendí en 25 años [31 de octubre, 2011]	153
Dos héroes [26 de diciembre, 2011]	156
El bautizo de Miami [16 de abril, 2012].	159
Lecciones para cambiar el mundo [25 de junio, 2012]	163
Monstruos en sotana [30 de julio, 2012].	166

Mis primeros 30 años en USA [31 de diciembre, 2012]	169
Vivir con acento [29 de abril, 2013]	172
Salvando a Lola [27 de mayo, 2013]	175
Surfear a los 55 [2 de agosto, 2013]	181
La última entrevista de Barbara Walters [19 de mayo, 2014]	185
Mi desayuno con Gabo [21 de abril, 2014].	188

III

SER PERIODISTA

Ser periodista	193
No seas neutral [1 de diciembre, 2014]	201
Brindis: No nos vamos a callar [21 de abril, 2015]	204
Carta a Paola [25 de mayo, 2015]	207
El placer de tirar cosas [15 de junio, 2015]	210
Cenando con extraños [6 de julio, 2015].	213
Puebla York [10 de agosto, 2015]	216
El candidato y el periodista [31 de agosto, 2015]	219
El país de las tertulias [11 de diciembre, 2015]	222
Miguel no quería morir así [8 de julio, 2016]	225
Las casas de Sandra Cisneros [19 de agosto, 2016].	228
30 años de TV [3 de noviembre, 2016].	230
10 segundos con el Papa [9 de diciembre, 2016]	233
<i>Cool</i> -tura [23 de diciembre, 2016]	236
Japón, el antídoto [30 de diciembre, 2016]	239
Conan en México [24 de febrero, 2017]	242
«¡Esta no es la entrevista que autorizamos!» [2017].	245
La mejor plática de tu vida [29 de mayo, 2017]	254
Se va Nicolás [4 de agosto, 2017]	257
Desobedezcan [1 de octubre, 2017]	260
Safari [29 de diciembre, 2017].	263
Lola se está muriendo [2017]	266
El privilegio de cumplir 60 [19 de marzo, 2018].	272

Los animales son personas [20 de julio, 2018]	275
<i>Roma</i> : La infancia recuperada [26 de noviembre, 2018]	278
El cielo y los superhumanos [31 de diciembre, 2018]	281
No hay preguntas estúpidas [4 de enero, 2019].	284
Nyepi: El día del silencio [15 de marzo, 2019]	287
Cuando fui a «La Mañanera» [19 de abril, 2019]	290
Hay cosas que no se olvidan [29 de abril, 2019]	293
El tiburón y yo [12 de julio, 2019]	296
Los tacos mágicos de Pujol [27 de diciembre, 2019]	299
Ser periodista en México [3 de febrero, 2020].	302
22 630 días [13 de marzo, 2020]	305
El mundo de Carlota: lo que nos enseñan los niños en esta crisis [3 de abril, 2020]	308
El cumpleaños de la Jechu [2 de octubre, 2020]	312
Por un abrazo de mamá [7 de mayo, 2021].	316
Lecciones de 35 años en la tv [1 de noviembre, 2021]	320
No quiero vivir en un metaverso [8 de noviembre, 2021]	325
El futbolito de los sábados [10 de diciembre, 2021]	329
Atrapado en el paraíso [7 de enero, 2022].	333
La vida secreta de las maletas [5 de agosto, 2022].	338
Mi compañero de cuarto [23 de diciembre, 2022].	342
40 años en Estados Unidos [30 de diciembre, 2022]	345
Fui a ver a Taylor Swift [5 de mayo, 2023]	348
Platicando con una máquina [19 de mayo, 2023]	352
Viajar sin el alma [1 de enero, 2024].	356
La vida entre misiles [14 de octubre, 2023].	359
Palabras finales	363
Agradecimientos.	367
Índice analítico	371
Álbum de fotos.	375

I

Otras vidas

OTRAS VIDAS

PUDE HABER TENIDO OTRAS VIDAS. Pude haber sido guitarrista, atleta olímpico y hasta político. Pero decidí ser periodista. Confieso que he tenido una vida muy intensa y no se me ocurre ninguna otra profesión que me hubiera expuesto a tantas y tan diversas experiencias. Aun así, a veces me imagino cómo hubieran sido mis otras vidas.

Cuando era niño quedé fascinado por los Beatles, que en México llamábamos «Los Bítles». Me parecían rebeldes, divertidos, creativos y muy libres. Todavía hoy tengo un cuadro de ellos en mi oficina, escucho su música casi todos los días y guardo tarjetas de los cuatro de Liverpool cruzando las famosas franjas blancas de Abbey Road.

Una de las canciones que más me gustaban de los Beatles era «Michelle» y, cuando tendría unos 12 años, le pedí a mi papá que me consiguiera un maestro de guitarra que me pudiera enseñar esa canción. Y lo hizo. Pero me trajo a un maravilloso profesor de guitarra clásica, Óscar Cué. Aún recuerdo que siempre iba todo vestido de negro, con botas, y largas uñas en su mano derecha.

Con gran paciencia, me enseñó a tocar «Michelle», pero, notando mi creciente curiosidad por las posibilidades de la guitarra, me fue introduciendo a Bach, Albéniz y otros clásicos. La primera vez que salí en televisión fue tocando la guitarra en un concurso

para adultos. No pasé a la segunda ronda. Pero convertí a la guitarra en parte de mi vida, y a los 16 años di mi primer concierto. Otro concierto vendría un poco más tarde.

Sí, pude haber sido un concertista y maestro de guitarra clásica. Pero había dos serios problemas: uno, no tenía oído musical, me era casi imposible improvisar y traspasar a las cuerdas lo que escuchaba en un disco o en la radio; y dos, me faltaban las palabras. Nunca sentí que la guitarra era, para mí, la mejor manera de expresarme. Así que, con mucha tristeza, dejé de tomar clases de guitarra. Óscar, con un respeto mayúsculo ante mi decisión, nunca más me volvió a buscar y me dejó libre.

Mientras dejaba la guitarra, y con una cantidad ilimitada de energía, me puse a correr. En serio. En la escuela les ganaba a casi todos mis amigos y cuando jugábamos fútbol mis compañeros me pasaban la pelota para correr por los extremos de la cancha y centrar para un gol. Corría rápido, muy rápido. Pero, ¿qué podía yo hacer con eso?

Ir a una olimpiada, por supuesto.

Participar en unos Juegos Olímpicos se convirtió en mi nueva obsesión. Un buen día —con una ingenuidad que ahora me parece increíble— me presenté en el Centro Deportivo Olímpico Mexicano (CDOM) en la Ciudad de México y le dije a un funcionario que quería entrenar con el equipo olímpico de atletismo. «Corro muy rápido», le dije, medio presumiendo. Me sonrió y me creyó. Y en un gesto que no deja de sorprenderme, me mandó con el entrenador del equipo mexicano.

Empecé a entrenar todas las tardes después de la escuela. Un imbécil que teníamos como prefecto en el colegio me dijo que eso de ir a una olimpiada era de «superhombres» y, con una sonrisa burlona, aceptó que saliera de la escuela unos minutos antes todos los días para ir a entrenar.

Corrí con cierto éxito en algunas competencias regionales y nacionales. Pero lo más importante es que estaba rodeado de verdaderos atletas, todos con historias llenas de obstáculos. Corrí los 100 metros planos y salto de longitud, pero una tarde, jugando, me di cuenta de que también podía saltar muy alto. De hecho, por arriba de mi cabeza. Por fin había encontrado mi prueba.

No podía creer mi buena suerte. Todo se estaba acomodando. La idea de ir a unas olimpiadas ya no era tan lejana.

Durante un año estuve entrenando para salto de altura hasta que llegué a un límite que parecía infranqueable. Era demasiado chaparrito para saltar por arriba de los dos metros de altura. Estaba muy lejos de la marca necesaria para unas olimpiadas. Aun así, me seguí preparando y entrenando lo más posible. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir mi objetivo.

En medio de los duros entrenamientos empecé a sentir un pequeño dolor en la parte baja de la espalda. Sin embargo, no le quise dar la menor importancia. Suponía que era normal. Estaba exigiendo mucho de mi cuerpo.

A insistencia de mi *coach*, una tarde fui con los doctores del centro olímpico y me tomaron una radiografía. El resultado terminó con mis aspiraciones de ir a unas olimpiadas. Habían encontrado que una de mis vértebras estaba abierta —*spina bifida*— y que solo una peligrosa operación, soldando esa vértebra con la de arriba y la de abajo, podría darle una solución a largo plazo. La *spina bifida* es un defecto congénito que no tiene cura. Mucha gente puede vivir con ese padecimiento. Pero un atleta de alto rendimiento podría quedar paralizado si no se cuida.

Dejé el salto de altura y, sin hacerles caso a los doctores, me puse a entrenar para competir en los 400 metros con vallas. Suponía que, al no forzar tanto la espalda, podría continuar con mis aspiraciones olímpicas. Mi entrenador, a regañadientes y sin ver el

diagnóstico de los doctores, aceptó mi cambio de prueba. Y yo lo vi como algo positivo. Mi baja estatura me limitaba en el salto de altura, pero en las carreras nadie me pararía.

En un par de competencias tuve muy buenos tiempos y me acercaba, poco a poco, al mínimo necesario para calificar a unos Juegos Olímpicos. Calculaba que en dos o tres años podría alcanzar la marca y cumplir mi sueño.

Y así estuvimos por algunos meses —yo ya no estaba pensando en mi columna vertebral— hasta que sorpresivamente llegó un reporte médico; era definitivo y con una recomendación fulminante. Una tarde, mi *coach* me jaló a un lado de la pista y me dijo que ya no me podía seguir entrenando, que el riesgo de quedar parálítico era muy alto.

Lloré.

Lloré.

Y lloré.

Recuerdo que llegué esa noche a casa y le conté todo a mi mamá, mientras ella lavaba los platos de la cena. Me escuchó como solo ella sabía escuchar. Y volví a llorar, esta vez abrazado por ella.

La tarde siguiente, ya sin entrenamientos, la vida se volvió a abrir. Y ahora, ¿qué voy a hacer? Terminaba la preparatoria, había que escoger carrera y universidad. Era el momento para reinventarme.

No sería guitarrista ni atleta olímpico. Tampoco futbolista, ni rockero, como alguna vez imaginé de niño. Por un tiempo coqueteé con la idea de meterme en la política. México a finales de los años setenta no era una democracia, y el país necesitaba sangre nueva y un revolcón social. Pero para mí hubiera sido impensable meterme a un partido político en México y quedarme callado. Me hubieran exigido silencio y lealtad, y yo no estaba dispuesto a dárselos.

Al final de cuentas, no sería la política ni una pelota de fútbol ni la guitarra ni unos Juegos Olímpicos lo que me marcaría. Sino la posibilidad de ser testigo de la historia, de conocer a quienes la hacen y de estar bien parado en el mundo. El periodismo me abriría los ojos.

Pero mis otras vidas posibles me siguen embrujando.

EL CHICHONAL:
«HA LLOVIDO PIEDRAS»

[1982]

De un empolvado videocasete rescaté uno de mis primeros reportajes. Y después de apretar el botón de *play* lo que encontré me hizo revivir uno de los momentos más intensos de mi carrera como periodista; no solo por la magnitud de la tragedia que presencié, sino también porque estuve a punto de terminar achicharrado por una inexcusable irresponsabilidad.

El domingo 28 de marzo de 1982 a las 11:15 de la noche había hecho erupción el volcán Chichonal y poco después ya estaba camino a Chiapas, junto con un equipo de televisión, para ser testigo de uno de los desastres naturales más devastadores que ha tenido México. El volcán de dos conos había lanzado piedras y ceniza a hasta 10 mil metros de altura. Una nube grisácea, de 375 kilómetros de radio, iba apagando poco a poco la vida alrededor del Chichonal.

«Ha llovido piedras», me dijo el vulcanólogo Federico Mosser, entre entusiasmado y sorprendido. Desde luego que no debe haber nada más emocionante para un vulcanólogo que presenciar el momento mismo de una erupción. Pero incluso este científico tuvo que buscar refugio bajo unas casuchas de láminas para no acabar como una víctima más.

Un anciano, con la ceniza confundiéndose en sus canas, no estaba tan entusiasmado con el Chichonal. «Parecía que íbamos a perecer», me dijo. «Y luego las piedras, TA, TA, TA, TA».

Después de la primera y brutal erupción del último domingo de marzo, otras le siguieron. Las pequeñas poblaciones de Nicapa, Francisco León, Chapultenango, El Guayabal y El Volcán quedaron, literalmente, enterradas bajo piedras y minúsculas partículas grises y negras. Nunca antes había visto algo así.

«Creo que el mundo se va a acabar», me dijo una mujer que estaba rezando en la iglesia de Pichucalco y que se había resignado a morir ahí mismo. Otros, haciendo fila en la plaza, buscaban escapar en los camiones de redilas que había traído de emergencia el ejército.

«Yo soy de aquí, de Pichucalco», me dijo uno. «Y a dónde va?», le pregunté. «A donde nos lleven», contestó. En realidad, no importaba a dónde. Lo importante era irse lo más lejos posible del volcán. Y miles se fueron solo con lo que llevaban puesto.

Tras las primeras tres erupciones —que se escucharon a 50 kilómetros de distancia— varias poblaciones quedaron bajo metros de lo que antes era una parte del volcán. En un principio muchos creyeron que lo peor había pasado. Pero estaban equivocados; las erupciones continuaron y con fuerza.

Conocí a un hombre llamado Enrique Díaz Bautista que había dejado a su esposa y a su hijo mayor en Chapultenango; sencillamente no se quisieron ir de ahí. Y murieron ahogados entre cenizas ardientes. Las lágrimas de Enrique —cuando me contó su historia— se le atoraron al salir de sus ojos por las costras de mugre y tierra que aún cubrían su cara.

«La gente es muy necia; no quieren salir», me comentó uno de los compañeros de Enrique. Eran unos 10. Y me los encontré en el camino de terracería que, en situaciones normales, hubiera conectado a Pichucalco con la población de El Volcán. Cuando di con ellos, estábamos a unos tres kilómetros del Chichonal. Ellos huían del volcán, mientras que nosotros tratábamos de acercarnos lo más posible.

Ese era mi primer reportaje importante y sabía que tenía que demostrar —a mis jefes, a mis compañeros, a la teleaudiencia...— que no había conseguido el trabajo por conocer a algún influyente ejecutivo de la televisión. (No había nada más lejos de la realidad; comencé desde abajo y sin ninguna palanca).

Sin embargo, en el intento de demostrar que sí podía realizar un buen trabajo periodístico casi me quedo en el camino, junto con el camarógrafo y sonidista que me acompañaban. Al llegar a Villahermosa, Tabasco —el único aeropuerto abierto de la región—, habíamos rentado un automóvil automático que ciertamente no era el más apropiado para cruzar montes y cañadas.

Durante el primer día de trabajo —cuando recorrimos algunos de los poblados más afectados— la luz del sol quedó bloqueada después de las 10 de la mañana; la ceniza proveniente del volcán era muy densa y la visibilidad prácticamente nula. El segundo día queríamos ir lo más cerca posible del volcán, con luz o sin luz. Pero el carro, sencillamente, no cooperó.

A las pocas horas de nuestro trayecto hacia el Chichonal, el motor del auto se tupió y el sistema eléctrico no dio más. Estábamos demasiado cerca del volcán y una nueva erupción o una explosión de gases nos hubiera dejado en el esqueleto.

Por pura suerte, nos topamos con ese grupo de campesinos que huían de Chapultenango y, cargando el auto, nos ayudaron a darle la vuelta en una estrechísima vereda. Ahora solo faltaba prenderlo. El sonidista —que sabía algo de mecánica— limpió como pudo el motor y después desapareció debajo del auto. Todavía no sé cómo lo hizo, pero en unos minutos lo prendió sin necesidad de utilizar la llave. Finalmente, el auto —tosiendo y andando a paso de gallina— nos sacó de la zona de peligro. Aguantó casi hasta el final. Y al llegar a una de las carreteras principales, no se volvió a

mover. (Años más tarde, un amigo me comentó que el automóvil se tuvo que declarar como pérdida total).

Dos días después, regresamos al mismo lugar donde se nos había quedado el coche y el panorama parecía irreconocible. Según nos comentó un campesino, poco después de que nos fuimos hubo una violentísima explosión —por los gases acumulados del volcán— y la zona quedó como un desierto; no había un solo árbol parado y las pocas vacas que vimos estaban negras y quemadas.

Nos salvamos por un pelito. Esos campesinos de Chapultenango nos rescataron, y de paso mantuvieron a flote mi carrera. Lo que hicimos para filmar ese reportaje —ir contra la corriente, desafiar a los que conocían la zona y acercarme lo más posible al volcán— fue una verdadera irresponsabilidad. Lo reconozco.

Ahora, claro, veo las imágenes que obtuvimos de las poblaciones enterradas por el volcán Chichonal —las únicas que existen de esos días— y pienso que valió la pena el riesgo. Pero si no nos hubiéramos encontrado con esos campesinos en el preciso momento en que más ayuda necesitábamos, otro gallo cantaría.

Muchos otros que vivían alrededor del volcán no tuvieron nuestra suerte.

Posdata automotriz: el automóvil, desde luego, se declaró como pérdida total a la compañía de seguros, pero el reportaje fue, sin duda, único, por el acceso a las poblaciones más afectadas por el volcán. Nadie, nunca, se quejó por lo del auto y ahí aprendí otra de las lecciones básicas del periodismo: la noticia, si no sale a tiempo, se pudre y empieza a apestar. La noticia tiene que salir al aire, no importa cómo y aunque cueste un carro.